
***“Ni la muerte nos va a separar;
desde el cielo te voy a alentar”***
Apuntes sobre identidad y fútbol en Jujuy*

Juan Pablo Ferreiro**

Para Irina

*“Bajo la piel del lenguaje, estructurado en convenciones de todo tipo,
pero siempre guardando una apariencia imparcial y exenta, la materia
turbia de los comportamientos sólo estaba a la espera de quien
simplemente la removiese y dividiere en sus partes constitutivas...”*

José Saramago

Todos sabemos que uno puede, a lo largo de una vida, mudarse de barrio o de ciudad, cambiar sus opiniones políticas y hasta de pertenencia social; pero, sobre todo en nuestra sociedad (argentina), es mucho más raro, casi una patología, encontrar a alguien que haya cambiado de colores, de equipo, de esa lealtad elemental que constituye nuestra futbolera pasión personal. Lealtad que a veces es recompensada con la vanidad de su exhibición, y otras debe ser ocultada cuidadosamente para evitar suspicacias, comentarios irónicos e hirientes, y eventualmente un choque físico. Esa lealtad puede ser un emblema de orgullo, o un karma personal e intransferible, que a veces rogamos no transmitir a las siguientes generaciones. ¿Qué es ser un hincha? ¿Qué significa viajar kilómetros y kilómetros para ver cómo nuestro equipo es “entregado” en una final jugada en una ciudad lejana y desconocida, frente a un rival no menos ignoto y ante nuestra completa impotencia? ¿Qué significa ver a esos colores, los nuestros, ondeando sobre todos en el ritual de la victoria? ¿Por qué una parte del mundo se define en términos de “amigo/enemigo/no existe”? Nuestra respuesta nacional fa-

* Este trabajo fue realizado en el marco de un subsidio otorgado por la UNJu al proyecto SECTER-UNJu 08/C072 “Fútbol, pasión de multitudes, guerra de símbolos”. Agradecimientos: a Sofy, por sus críticas, su amor y su tiempo; a Juli e Irina, que tanto me soportan; a Federico Fernández, por haberme facilitado cantos y datos de su hinchada; a Elisa Blanco por sus ideas y su permanente apoyo y entusiasmo; y a Ana María Mealla.

** Antropólogo, Profesor Adjunto Ordinario de la Universidad Nacional de Jujuy e Investigador Asistente del CONICET, Director del proyecto SECTER 08/C072. Doctorando por la Universidad de Sevilla. Miembro del Grupo de Trabajo Deporte y Sociedad (CLACSO) y del Grupo de Investigaciones en Historia Social de la Universidad de Antioquia (Medellín-Colombia).

vorita a cuestiones como éstas es “La pasión por tal equipo (el tuyo, el mío) es un sentimiento inexplicable”. Pero ¿es realmente inexplicable? ¿Qué vínculos se ocultan tras esa máscara de sensibilidad intransferible y enigmática? ¿O tal vez hay que adjudicarle la responsabilidad por esto, como por tantas otras cosas, a nuestro tótem favorito, “el Ser Latino”? Los resortes ocultos de la pasión y la entrega, los motores del enfrentamiento simbólico, y aún de la violencia física, descansan mucho más sobre el entramado cultural que manifiesta nuestras diversas pertenencias sociales que sobre un intangible y esotérico magma futbolero. Nos proponemos escribir en voz alta algunos apuntes y reflexiones a propósito de estos mecanismos.

Partimos de la idea de considerar al fútbol como un complejo ritual² que incluye dos subprocesos: uno ocurre dentro del campo de juego (la cancha); el otro en las graderías y entre los espectadores (en la tribuna). El primero vincula una performance con su resultado en función de una serie de reglas; el segundo vincula una performance con un proceso identitario basado en el antagonismo. Nos interesa en estas líneas discurrir sobre éste último.

El etnólogo italiano Alessandro Dal Lago (1990: 30 y ss.) ha propuesto caracterizar la “lógica del hinchado organizado” de acuerdo a tres hipótesis: mediante la identificación con determinados símbolos el fútbol promueve una división del mundo en amigos/enemigos; un partido es la ocasión de un enfrentamiento ritual entre amigos/enemigos, que puede transformarse, en circunstancias determinadas, en un choque físico; un estadio no es sólo el ámbito del partido, sino también el marco de la celebración ritual de la metáfora amigo/enemigo.

A lo que habría que agregar, a nuestro juicio, un cuarto punto que nos resulta de particular relevancia, tanto para nuestro argumento teórico como para la evidencia empírica sobre la que nos apoyamos: la celebración del “nosotros”.

*“Yo soy del lobo (Gimnasia y Esgrima de Jujuy)
es un sentimiento,
no puedo parar”.*

La constitución de este sentimiento irrefrenable denotativo del “nosotros” (los otros como yo) es un proceso identitario múltiple y fragmentario, que actúa a manera de un palimpsesto, inscribiendo, sobreponiendo y deformando contenidos sobre contenidos. En él se articulan y yuxtaponen el ser social, las pertenencias de género, clase y etnicidad, con otras identidades más elementales y primarias constituidas alrededor de los intersticios y solapamientos producidos por aquellas. Nuestro argumento central es que precisamente en estos puntos de inflexión y articulación es donde se desarrollan los procesos identificatorios de conformación de las hinchadas.

Estas se caracterizan por definirse a partir de una relación nosotros/ellos excluyente y una relación cara a cara³, cuya pertenencia reconoce un único y exclu-

yente principio: seguir los mismos colores. Tal proceso, entonces, actúa y se define por el más simple y elemental antagonismo representado por una lógica cerrada de inclusión/exclusión. Esta lógica se manifiesta a través de distintos planos, que aún siendo simultáneos exigen para la validación de su eficacia su remisión a contextos específicos, y convocan a la actividad a dimensiones sociales primarias aún más complejas (por ejemplo la clase, el grupo étnico, el género). Esto ocurre habitualmente cuando la eficacia de esa identidad elemental (por ejemplo la hinchada de Talleres de Ciudad Perico) se asocia con lo que el sociólogo colombiano J. M. Valenzuela ha denominado “identidad proscrita”⁴ y reclama la concurrencia de categorías étnicas (bolivianos), que además conllevan una fuerte carga peyorativa y clasista.

*“Qué feo es ser periqueño y boliviano
En una villa tener que vivir
Tu hermana revolea la cartera
Tu vieja chupa pingo por ahí
Talleres,
Talleres,
Talleres,
Talleres no lo pienses más
Andáte a vivir a Bolivia
Toda tu familia está allá”⁶.*

En este sentido, vemos una clara homología con el planteo hecho por la historiadora Nancy Green al proponer que las identidades se construyen no sólo en oposición a otro, sino también dentro de un cierto número finito de opciones posibles, lo cual reclama atención sobre una multiplicidad de voces y posiciones sociales que permiten, por ejemplo, que la explicación de una diferencia étnica pueda ser descripta a través de categorías de clase, así como la concurrencia económica puede ser descripta a través de denominaciones culturales (Green, 1995: 165-186). Por estas razones no encontraremos aquí que los procesos identitarios dominantes estén constituidos alrededor de la pertenencia de clase, de género o étnica, aunque sí cómo éstas concurren a nutrir diferenciaciones animadas por el básico antagonismo entre *nosotros* y *ellos*.

Pero ¿cómo se establecen esas perspectivas identitarias? ¿Cuáles son las consecuencias de la conformación de ese “nosotros” celebrado?

Aún cuando tal pronombre remita a un núcleo de intimidad irreductible e intransferible, necesariamente descansa sobre un doble origen. Todo “nosotros” convoca a un “ellos” ausente y fantasmático. Implica, entonces, la existencia de una tensión dialéctica entre una dimensión subjetiva y otra objetiva o, si se prefiere, la tradicional diferenciación etnográfica emic/etic. El proceso identitario se instala en el centro de esa tensión, aunque situacionalmente pueda oscilar violentamente de uno a otro polo. De hecho, podría decirse que la identidad *es* esa

tensión, y tanto sus énfasis ocasionales como sus rasgos definitorios más estables son las manifestaciones de un poder social que va de nosotros a ellos, y viceversa. Esto se debe a que “las identidades sociales existen y son adquiridas, asignadas y reivindicadas dentro de relaciones de poder. La identidad es algo sobre lo cual se disputa y con lo cual se proponen estrategias: es a la vez ‘medio’ y ‘fin’ de la política. No sólo está en cuestión la clasificación de los individuos, sino también la clasificación de las poblaciones” (Jenkins, 1996: 25, traducción personal). Porque “en los procesos en los cuales la gente adquiere las identidades con las que son designados, la capacidad de atribuir autoritaria y efectivamente identidades, tanto para constituir o para contradecir la experiencia individual, se vuelve significativa. Esta es la cuestión que realmente importa (puesto crudamente, el poder)” (Jenkins, 1996: 23).

Analíticamente, la diferencia entre aquellos dos polos se transforma en un proceso de toma de conciencia de una forma de agrupación social definida en base a categorías emic (nosotros), y paralelamente se define externamente un espacio ajeno de pertenencia, reconociendo así una colectividad de otros (ellos). Este doble proceso identificatorio, que siguiendo a Jenkins denominaremos (1996, 1997) categorización/adscipción, *es* ese poder que media entre unos y otros, ya que categorizar “consiste en la capacidad de determinar a los otros, no sólo las consecuencias de la identidad, sino también su identificación nominal misma” (Jenkins, 1997: 167). En este caso las consecuencias fácticas conformarán lo que se podría caracterizar como la dimensión de la identidad virtual, analíticamente separable, pero empíricamente interdependiente de la identificación nominal. Esta proveerá la jerarquía en la que los distintos procesos identitarios se segmentarán y ordenarán (pertenencia comunal, local, étnica, genérica, nacional), mientras que la identificación virtual nos aproxima a la comprensión contextualizada de esas asignaciones en términos de consecuencias en el ámbito de la experiencia cotidiana. Por lo tanto y en consecuencia, la relación entre la clasificación nominal y la virtual es siempre histórica y socialmente específica y nos informa acerca de cuáles son las relaciones de poder que alimentan los procesos identificatorios. Volviendo al ejemplo dado antes, ser hinchado del Club Atlético Talleres de Ciudad Perico convoca a una serie de adjetivos definitorios, que no necesariamente están ligados entre sí fuera de este contexto. Ser “azulejo” implica ser periqueño, remitiendo al antagonismo capital/interior; significa ser considerado boliviano, remitiendo al antagonismo argentino/extranjero; implica ser villero, convocando a la relación entre ciudadanos de pleno derecho/marginales-asociales.

Pero que la relación entre identificación nominal y virtual sea “histórica y socialmente específica” expresa, además, que la tensión existente entre ambos tipos de clasificación es objeto de manipulación táctica, como, por ejemplo, cuando la hinchada de Atlético Cuyaya, al enfrentar a su enemigo tradicional, Atlético General Lavalle, categoriza descalificando a su rival:

*“Saltemos todos
Que Cuyaya está de fiesta
Saltemos todos
Que en Cuyaya es carnaval
Que en [en el el barrio Mariano] Moreno están de luto
Que son todos negros putos
De Bolivia y Paraguay”*⁷.

Obviamente, el circuito ritual “tribunero” exige una respuesta tan eficaz como inmediata por parte de los agredidos; pero, en este caso y habitualmente, la hinchada agresora, anticipándose a la respuesta (o tapándola), entona las estrofas del himno nacional argentino, obligando a los rivales, mediante un juego de enmascaramientos y trampas, a callarse o a sumarse al coro, con lo cual su categorización nominal (extranjeros) implica en términos virtuales la confirmación de su otredad (si no respetan el himno) o su sometimiento (si se suman al coro). Es necesario aclarar que en ninguna de las cuatro oportunidades que hemos tenido de ver esta estratagema la hinchada de Lavalle pudo resolver la paradoja, la cual, sin embargo, fue resuelta por la hinchada de Talleres, que al enfrentar a la de Central Norte de la provincia de Salta debió encarar una situación similar. En este caso, la manipulación estuvo en la respuesta irónica y humorística de los hinchas periqueños, quienes contestaron a sus rivales categorizándolos de “yugoslavos, yugoslavos”. En la lógica contextual, esto venía a significar algo así como “y ustedes ¿creen ser tan distintos de nosotros como para estigmatizarnos?”.

Esta idea del antagonismo, del conflicto como rasgo fundacional, se manifiesta, como vemos, no sólo a través de la presencia de dos bandos de jugadores enfrentados a suerte y verdad. Más allá de esto, va a servir de base, de argumento sociocultural, a marcas identitarias que participan de esta dramatización ritualizada de las principales tensiones sociales, expresando por esta vía antagonismos bipolares tradicionales en la sociedad argentina, cuyo modelo bien puede ser el enfrentamiento entre capital e interior (porteños/cabecitas negras), y que encuentra claras homologías a nivel local en los opuestos ciudad/campo, centro/periferia, argentinidad/extranjería, macho/no-macho, blancos/no-blancos y que, en última instancia, remite a una oposición fundacional de la nacionalidad: civilización/barbarie.

A la vez, constituye un conjunto de disposiciones y prácticas simbólicas que expresan lo que C. Bromberger ha denominado “lógica partisana” (o partidaria), y cuyo recurso básico “consiste en echar mano de todo tipo de estigmatización disponible para desacreditar al adversario, chocar con el otro y pesar, mediante estas humillaciones mordaces, sobre el resultado del partido” (1998: 75).

Esto se expresa en la cancha con la calificación y definición del otro, ejercida a través de su caracterización mediante rasgos prototípicos (y muchas veces caricaturescos) que constituyen verdaderos “marcadores de identidad”. En realidad, más que pesar “sobre el resultado del partido” se podría decir que intervie-

ne en “un partido aparte”, un enfrentamiento ritual que tiene lugar en las tribunas, y que es parte central de ese proceso de categorización/adscripción. El final de ese drama depende más de esta performance antagónica que de lo que sucede en el campo de juego. Allí este tipo de categorización descalificadora se corporiza en una paradoja que es la condensación y culminación del proceso de humillación del rival a través de la negación de su existencia.

Este tipo de mecanismo es particularmente agudo y evidente cuando se enfrentan dos rivales tradicionales o “clásicos”. En nuestro caso, el Club Atlético Talleres de la ciudad de Perico (el Expreso Azul) y el Club Atlético Gimnasia y Esgrima (el lobo), de la ciudad de San Salvador de Jujuy, son quienes constituyen la rivalidad paradigmática en la provincia.

*“Ellos son los campeones (Gimnasia y Esgrima de Jujuy)
El lobo (Gimnasia y Esgrima de Jujuy) ya lo demostró
El sentimiento no cambia, vos (Gimnasia y Esgrima de Jujuy) sos amargo
y cagón
Siempre estuvimos en las malas
Las buenas ya van a venir
A Talleres lo hace grande su gente
Lobo no existís”.*

Esto es, tal rival no tiene la “estatura”, la “calidad” suficiente como para ser considerado un antagonista serio, no existe como antagonista; o mejor aún, es “eliminado” simbólicamente de la contienda. Ejercicio que constituye una de las máximas pruebas de poder de autoafirmación identitaria. Paradoja, al fin y como decíamos, porque sin ese rival es el enfrentamiento el que no existe, y con él el juego de identificaciones que le da sentido. Al mismo tiempo, constituye una referencia siniestra al pasado político reciente de esta sociedad. El negar la existencia del rival resulta, dadas sus connotaciones político-culturales, la peor de las descalificaciones⁸. Este fenómeno comienza a advertirse en las canchas argentinas a partir de fines de los ‘80 y principios de los ‘90, momento en que se instala definitivamente en la agenda social y como tema fundamental la cuestión de los detenidos/desaparecidos. Inserta en la misma lógica y con un grado de violencia simbólica similar, pero sin esas connotaciones, está la habitual desmasculinización del antagonista, proceso que en realidad utiliza la referencia sexual como mero agente de sometimiento. Esto abarca desde la degradación feminizante a mera condición de objeto sexual, que implica carecer de los atributos necesarios para ser tomados en serio,

*“o lé lé
o lá lá
trajeron a las putas
la hinchada ¿donde está!”⁹,*

hasta la homosexualización violatoria del rival, a quien se transforma por esta vía en el verdadero opuesto dialéctico de la virilidad en la lógica del hincha argentino.

“(Club Atlético) *Gorriti, Gorriti, Gorriti*
dejate de joder,
limpiate bien el culo,
que te vamos a coger”¹⁰.

Este último ejemplo ilustra un mecanismo esencial en la constitución del “nosotros”. La oposición simbólica elemental sobre la que se funda, y que constituye además la paradoja arriba mencionada, basa su eficacia en una profunda jerarquización de las oposiciones en juego. El “ellos” constituye un polo incompleto y completamente subordinado y pasivo a la existencia y actividad del sujeto del proceso (nosotros). Este es un término considerado lógicamente precedente y prioritario, mientras el otro es un mero suplemento que concurre a completar al antecedente y sólo en este acto encuentra su justificación. De acuerdo a este juego de oposiciones, que denominaremos “jerarquías violentas”, el “nosotros” somete a su completud al “ellos” que con su pasividad lo confirma.

Esto se ha visto claramente demostrado en oportunidades en las que una de las hinchadas, la más numerosa, o aquella cuyo equipo iba ganando, demandaba la participación activa de la otra, (“*Canten, carajo, si no a qué vinieron...*”¹¹) exigiéndoles la “reciprocidad del insulto ritual”, mediante el cual se restituye la diferencia, y por lógica consecuencia la similitud a través de la generación de una relación especial de proximidad que les permite co-construir su identidad como hinchadas. Esto ocurre incluso cuando la barra contraria no concurre al enfrentamiento¹². Entonces, se apela al enemigo fantasmático tradicional, sea cual fuere el rival de turno dentro del campo de juego. La eventual distancia inicial es conjurada por la proximidad que genera la rivalidad, pero esto no reduce la diferencia con el otro, que, por el contrario, en muchos casos se exagera.

En este marco se debe entender que una hinchada es, básicamente, una comunidad hermenéutica que basa su capacidad de interpelación en el inter-reconocimiento con otros colectivos semejantes. Reconocimiento que se practica, a su vez, a través de una auténtica liturgia laica del enfrentamiento, ya que el fútbol impide la neutralización y pacificación de las relaciones *nosotros/ellos* (Mignon, 1998: 29 y ss.). Pero no es sólo por eso que se puede considerar a este ¿juego? como uno de los principales rituales masivos contemporáneos (y en muchos sitios el principal). Su importancia para nuestras sociedades reside además en su capacidad para interpelar, a través de estos mecanismos básicos, los principios que rigen la vida en sociedad. Allí, la relación entre conflicto y consenso, performance individual y sujeción a un plan colectivo, la competencia y la solidaridad, alcanzan su punto más alto de tensión dramática. La relación con el otro no sólo no puede evitarse, sino que tanto ese vínculo como el conflicto son co-constituti-

vos del fenómeno futbolístico (y de los procesos identitarios por él activados). Por alguna oscura vía el fútbol repone una incertidumbre esencial en el “orden industrial y democrático”. De esto se continúa que “el fútbol resume así de esta forma la tensión, propia de estas sociedades, entre igualdad de derechos y desigualdad de hecho” (Mignon, 1998: 24). O, lo que viene a ser lo mismo, constituye la puesta en escena y la administración de justicia frente a espectadores activos y participantes. La singularidad del juego (en el campo y en las tribunas) está dada porque éste asume metafóricamente temas centrales de la vida cotidiana, justicia, participación, visibilidad, etc., y exige de los participantes una toma de posición frente a lo que se podrían considerar auténticos dilemas morales en pos de una resolución metafórica de conflictos procedentes de la estructura social (Dal Lago, 1990). Pero, desde luego, este auténtico y geertziano “juego profundo” tiene sentido en un espacio y un momento específicos. La tensión fundacional nosotros/ellos no ocurre sólo en el esquema lógico de la investigación. Sus contextos son tan altamente específicos como las virtualidades que debe enfrentar toda identificación nominal.

Para la sociedad involucrada en el caso puntual que nos ocupa¹³, como para el resto de Latinoamérica, el contexto es el de la archimencionada (y padecida) globalización. Si bien el impacto de ésta sobre las diversas sociedades es sumamente variado, se pueden reconocer algunas constantes estructurales. En general, los regímenes neoconservadores que son la manifestación política de este proceso han acentuado la disgregación social, anulando o entorpeciendo mecanismos básicos de solidaridad social. No hay que buscar en otro sitio las causas últimas de la creciente espiral de violencia que padecemos.

“El territorio urbano se convierte en el campo de batalla de una guerra continua por el espacio, que a veces estalla en el espectáculo público de los disturbios en los vecindarios pobres, los choques rituales con la policía, las ocasionales incursiones de las multitudes que asisten al fútbol, pero que se libra diariamente bajo la superficie de la versión oficial pública (publicitada) del orden rutinario de la ciudad” (Bauman, 1999: 33).

Este marco general significó y significa, en los hechos, un proceso generalizado de recesión industrial, alta desocupación, índices crecientes de violencia social y represión, y progresiva descomposición de la estructura política provincial¹⁴. La “guerra continua” que esta situación genera, lejos de ser una metáfora literaria, resulta el subproducto “normalizado” de un tipo de sociedad donde concurren como valores sociales dominantes la individuación extremista¹⁵ y la competencia feroz. Un panorama que, además, ha transformado en estructurales los mecanismos de exclusión socioeconómica y política de inmensos sectores de la población¹⁶. Esta serie de complejos procesos se dan en un contexto en el que predominan el agotamiento político de los grandes movimientos de masas, la desterritorialización aparente, la fragmentación creciente, la “rotulización” y estigma-

tización de vastos sectores, la transformación de todos los agentes sociales en “consumidores universales” de un único y crecientemente integrado mercado “global”. Además, y como otro subproducto de este proceso, se observa una creciente represión estatal a las también crecientes protestas sociales. En este marco se articulan por un lado las tendencias homogeneizadoras e hibridizantes de dicho mercado, y por el otro las corrientes centrífugas a la fragmentación.

Básicamente, es ante la desaparición de los movimientos de masas como única vía de participación colectiva¹⁷, cuya contracara política resulta en este caso la destrucción del Estado asistencial de origen populista, que los agentes se “refugian” en estructuras organizativas en donde se puede recuperar tanto cierta capacidad de acción sobre los acontecimientos como un definido sentido de pertenencia y contención a través de relaciones cara-a-cara¹⁸, ya que “es en el momento en el que las identidades de las colectividades y de las regiones se debilitan, que se pregonan y proclaman con la mayor violencia” (Bromberger, 1998: 74).

Tales cambios son acompañados además por una fractura profunda entre pasado y presente. De estadios famélicos en el torneo pasado, habitados por muy ocasionales hechos de violencia, se ha pasado en el presente campeonato a clásicos barriales que han dado cita a verdaderas muchedumbres. Asimismo, se han dado algunos enfrentamientos “bélicos” más, pero ahora de enormes proporciones relativas, entre las principales hinchadas.

Desde luego, hay razones estrictamente futbolísticas para que la gente acuda más a la cancha¹⁹. La principal de ellas fue el descenso a Segunda División (Nacional B) de Gimnasia y Esgrima. La otra, fue el cambio político en la dirección de la liga jujeña y la reestructuración de los torneos, así como una inyección de capitales a través del aumento de la *sponsorización* y la participación más activa de caudillos políticos locales. En términos identitarios (virtuales) esto ha significado un reacomodamiento del mapa de poder en la liga jujeña y una acentuación, en algunos casos casi paroxística, de la territorialización barrial producida por la fragmentación. Pero tal vez el fenómeno más interesante haya sido un sustancial cambio en la estructura, composición y dinámica de las principales hinchadas de la liga, así como del grado de enfrentamiento que guardan tradicionalmente entre sí.

Por ejemplo: la hinchada de Gimnasia y Esgrima ha pasado de ser conducida monolíticamente por un sector denominado “Lobo Sur” (el tradicional enemigo de la hinchada de Talleres de Perico) a fracturarse en dos sectores enfrentados entre sí, y el más antiguo a distanciarse de la dirigencia del club. La cantidad relativa de simpatizantes que concurren a su estadio a ver al primer equipo en el Campeonato Nacional B también se redujo sustancialmente.

La hinchada de Atlético Cuyaya, la más combativa (“quilomera”) de las de la ciudad de San Salvador, pasó de tener un puñado de hinchas militantes (entre

quince y veinte) a por lo menos triplicar ese número de militantes y a dividir, al menos en dos, el antiguo liderazgo unificado de la barra.

Pero tal vez el caso más dramático sea el de la hinchada de Talleres de Perico, la más numerosa, problemática y temida de la liga. Modificó su estructura, su tipo de liderazgo, su conducta en el estadio e incluso su inserción social. De ser estigmatizada por su atribuido origen socio-étnico, pasó a hacer de éste un emblema de batalla:

*“Eso que dice la gente
Que somos borrachos, vagos, delincuentes
No les damos bola
Vamos a todos lados
Yo sigo al Expreso (Club Atlético Talleres)
Muy descontrolado”.*

El cambio de carácter de esta hinchada, que ocurre durante la década pasada, se inscribe en un proceso de cambio generacional donde el peso de la veteranía o experiencia no tiene un valor significativo. Además, se ha modificado sustancialmente la forma de lectura de (y participación en) la realidad. Pasaron de un caudillaje épico a una fragmentación de miradas, posibilidades y liderazgos (de hecho, hoy se reconoce más de un líder). Este pasaje ha sido acompañado por un radical cambio en la composición de la hinchada: de ocupados en labores marginales unificados bajo un liderazgo unipersonal, a desocupados y *lumpenproletarios* urbanos categorizados por el resto de la liga, y por otros vecinos de su ciudad, como “chorros” (ladrones). Esto obviamente constituye una “identidad proscrita” y altamente estigmatizada (criminalizada). Su grado de organización también es diferente ya que la hinchada anterior, considerada histórica, se había institucionalizado como agrupación al interior del club: poseía una banda de sikuris (aerófonos andinos) y trompeta y gozaba de una cierta autonomía financiera a través de rifas y otro tipo de reuniones. Dicha libertad se manifestaba en el tipo de cantos que tenían, y en las inscripciones de sus (pocas) banderas (trapos).

Este hiato temporal señala tanto el límite de la memoria en tanto constructora del pasado, como su papel de herramienta central en el proceso de legitimación, ya que a partir de aquí la hinchada actual, si bien reconoce su vínculo con las anteriores, no deriva ni genealógica ni organizativamente de las que la precedieron, y hay entre ambas un importante salto temporal y estructural-organizativo así como de valores. Ha modificado incluso su ubicación espacial dentro del estadio (con respecto a Agrupación Azul, la barra histórica), y exhibe una enorme cantidad de trapos y nuevas consignas y cantos, como es el caso de la homogeneización de determinados íconos derivados del consumo y exhibidos tradicionalmente por hinchadas de equipos de la AFA (logo de las bandas los Redondos, La Renga, V8, Hermética, etc. en las banderas), en particular asociados al rock. Estos símbolos son significativos no sólo porque antes no se veían, sino y sobre todo porque ese

tipo de consumo no es masivo en la zona. Todo esto hace pensar en la transformación de la vieja hinchada, que se expresaba en códigos locales y con hábitos de consumo locales, en una barra cuya conducta, organización y expresiones parecen estar mucho más estandarizadas y deslocalizadas: algo así como si existiese una forma cultural y representacional más o menos típica o estandarizada de las hinchadas a nivel nacional y orientada (¿miméticamente?) desde las de los clubes más poderosos que participan de los torneos de primera división de la AFA.

De hecho, la modificación más visible, en términos de su divulgación, tiene su origen precisamente en los hábitos de las grandes hinchadas de los equipos de primera división. Durante el torneo 1999 de la liga jujeña, por primera vez, los simpatizantes de Talleres comienzan a exhibir entre los símbolos de sus banderas hojas de *cannabis sativa* spp., y también a incluir en sus cantos referencias explícitas a consumos marginales e ilegalizados:

*“Me lo dijo una gitana,
Me lo dijo con fervor
O dejás la marihuana, o te vas para el cajón
Me lo dijo una gitana
Y no le quise creer
Yo le sigo dando al vino, a los fasos y al papel.
Una gitana hermosa tiró las cartas y me dijo
Que Talleres va a salir campeón.
Ya los corrimos a todos y no pasó nada
Y hoy lo corremos al cuervo (Central Norte de Salta) que es un cagón.

Esta es la banda de El Expreso
La más loca de Argentina
La que fuma marihuana
La que toma cocaína
Lobo puto te vamo’ a matar

Tomamos vino de damajuana y fumamos marihuana
Esta es la banda más descontrolada
Te seguimos a todos lados
Esta es la banda más descontrolada”.*

No obstante lo explícito de la referencia, cuando fueron consultados sobre el tema la respuesta fue que la marihuana es para “blandos” y que lo que consumen es vino y cocaína. La hoja de *cannabis* en las banderas es más un símbolo del “descontrol” y el “aguante”²⁰ ante todo lo estatuido que un indicador preciso de actividad y consumo. Precisamente, todas las hinchadas de los equipos más importantes de Primera División ostentan en alguna bandera la ya casi folklórica hoja de cinco puntas. Lo novedoso no es tanto que la hinchada anterior no usara drogas: lo nuevo es la publicitación de ese consumo, asociado a la marginalidad y a

la resistencia al orden legal vigente. Esta ostentación se vincula con la violencia, ejercida sobre las normas legales y convenciones sociales, ya que se asocia a un tráfico clandestino, penalizado y absolutamente criminalizado.

La práctica de la violencia, lejos de ser una metáfora o un elemento simbólico, se ha transformado en estos nuevos grupos en una auténtica fuente de recursos. De hecho, uno de los cabecillas afirmó que la tarea de esta hinchada es: “nosotros vendemos seguridad”. Este vínculo económico con la violencia, inexistente en la hinchada histórica, establece una diferencia esencial entre ambas. Aquella ejercía la violencia física en contextos altamente ritualizados mientras que ésta mantiene con la violencia un vínculo económico. Esta es, para nosotros, la evidencia más rotunda de que la “nueva” hinchada se ha transformado en una *barra brava*. La venta de seguridad se hace a quien puede pagarla. Candidatos políticos, miembros de la comisión directiva, autoridades municipales o provinciales, etc.

Aunque en opinión de los investigadores ingleses Duke y Crolley “la emergencia de las barras bravas representó la militarización del hincha del fútbol” (Duke & Crolley, 1994: 107), y aún reconociendo que surgen en un contexto de dictaduras militares, éstas no son otra cosa que la re-emergencia de la vieja “patota de comité” (no por casualidad existe vinculación entre los grupos partidarios o gremiales de choque: Chacarita Juniors y el sindicato de Gastronómicos, Rosario Central y el Tula²¹, los hermanos Ale²² y San Martín de Tucumán, el gobernador Miranda y Atlético Tucumán; Atlético General Lavalle y el intendente de Jujuy, etc.) que usufructúa la práctica de la violencia en clave del viejo clientelismo político nacional. En realidad, es difícil comprender el fenómeno de la violencia futbolística en Argentina sin vincularlo íntimamente a la política. Incluso hay quien afirma que no existiría fuera de ese ámbito. Esta relación es tan estrecha (y perversa) que el enemigo común de todas las hinchadas es la representación del poder estatal, la policía, a la que se la ha despojado simbólicamente de su papel habitual y se la ha transformado en la peor hinchada. O, como dirían Alabarces y su equipo, los han “barrabravizado”.

Si la violencia en el fútbol es parte del negocio (esto es, junto con la emoción constituye una variable del juego/espectáculo) y si la policía es la que garantiza que no se desborde (ya que los clubes pagan la seguridad), entonces, a mayor posibilidad de peligro más dinero hay que pagar para conseguir más policías. Esta es la base económica de tal “barrabravización” de la policía. De allí que los peores enfrentamientos son con la policía y no contra otras hinchadas. De allí también el peso virtual de la identificación del otro con la policía:

*“Yo sabía
Yo sabía
Que en Lavalle
Eran todos policías”²³.*

Es en esta clave que proponemos leer la “paramilitarización” propuesta por Archetti (Archetti y Romero, 1994) como fenómeno nacido de la última dictadura. Esto es, la participación activa de estos grupos organizados en un verdadero “espacio muerto” dejado por la retracción del Estado bajo los regímenes neoliberales. Dicho espacio deja al descubierto un entramado sociopolítico anterior que, al ser ocupado por una debilitada sociedad civil, lo hace basándose en patrones tradicionales de la estructura política argentina.

Bibliografía

- Alabarces, Pablo et al 2000 “‘Aguante’ y represión: fútbol y violencia política en la Argentina.” En: Alabarces (comp.) *Peligro de Gol. Estudios sobre deporte y sociedad en América Latina*. (Buenos Aires: CLACSO).
- Archetti, Eduardo 1999 *Masculinities. FooTball, Polo and Tango in Argentina*. (New York: Berg).
- Archetti, Eduardo y Romero, Amilcar 1994 “Death and violence un argentinian football”; en Giulianotti, Richard, Bonney, Norman, Hepworth, Mike, *Football, violence and social identity* (London: Routledge).
- Baumann, Zygmunt 1999 (1998) *La globalización. Consecuencias humanas* (México: Fondo de Cultura Económica).
- Bromberger, Christian 1998 *Football, la bagattelle la plus sérieuse du monde* (Paris: Bayard).
- Canetti, Elías 1973 *Massa e Potere* (Milano: Adelphi).
- Comaroff, Jean & Comaroff, John 1993 *Modernity and its malcontents: Ritual and power in postcolonial Africa* (Chicago: Chicago Univ. Press).
- Dal Lago, Alessandro 1990 *Descrizione di una battaglia* (Bologna: Il Mulino).
- Duke, Vic & Crolley, Liz 1994 *Football, nationalism and the State* (London: Longman).
- Green, Nancy 1995 “Classe et ethnicité, des catégories caduques de l’histoire sociale?”, en Lepetit, Bernard, *Les formes de l’expérience. Une autre histoire sociale* (Paris: Albin Michel).
- Jenkins, Richard 1996 *Social Identity* (London: Routledge).
- Jenkins, Richard 1997 *Rethinking ethnicity. Arguments and explorations*. (London: Sage).
- Margulis, Mario y Urresti, Marcelo 1998 “La construcción social de la condición de la juventud”, en Cubides, Humberto; Laverde Toscano, María Cristina; Valderrama, Carlos Eduardo (eds.) *Viviendo a toda. Jóvenes, territorios culturales y nuevas sensibilidades*. (Bogotá: Universidad Central – Siglo del Hombre).
- Mignon, Patrick 1998 *La passion fu football* (Paris: Ed. Odile Bayard).
- Valenzuela, J. 1998 “Identidades juveniles”, en Cubides, Humberto; Laverde Toscano, María Cristina; Valderrama, Carlos Eduardo (eds.) *Viviendo a toda. Jóvenes, territorios culturales y nuevas sensibilidades*. (Bogotá: Universidad Central – Siglo del Hombre).

Notas

1 Dado que, obviamente, cualquier pregunta tiene un contexto espacial y temporal, recojo y asumo aquí la categoría “emic” bajo la cual se/nos denominan/mos los aficionados al fútbol en este sector del planeta.

2 Entenderemos a éste “como una tecnología experimental destinada a afectar el flujo de poder en el universo, (que) es particularmente idónea para responder a las contradicciones creadas y engendradas (literalmente) por los procesos de transformación social, material y cultural; procesos representados, racionalizados y autorizados en nombre de la modernidad y sus diversas coartadas (‘civilización’, ‘progreso social’, ‘desarrollo económico’, ‘convención’ y otros semejantes)” (Comaroff & Comaroff, 1993: 67).

3 Estas reflexiones están motivadas por nuestra presencia en el torneo de la liga jujeña, y del Campeonato Argentino serie B. Allí las relaciones cara a cara desempeñan un importante papel, el cual es prácticamente despreciable, en cambio, cuando la experiencia remite a la primera división de la AFA.

4 “Hemos definido a las identidades proscritas como aquellas formas de identificación rechazadas por los sectores dominantes, donde los miembros de los grupos o las redes simbólicas proscritas son objeto de caracterizaciones peyorativas y muchas veces persecutorias” (Valenzuela, 1998: 45).

5 Este regionalismo, con el cual se alude a una *fellatio*, implica una profunda desvalorización y humillación basada en el sometimiento sexual, al igual que la referencia del renglón anterior, que descalifica a través de una acusación abierta de ejercicio de la prostitución.

6 Esta copla se reitera en muchas otras situaciones donde se busca descalificar al rival asociándolo a una categoría étnica discriminada. Así como en este caso el destinatario es Talleres, cuando juegan el clásico urbano Atlético Cuyaya/General Lavalle, los primeros lo destinan a los segundos. Inclusive Gimnasia y Esgrima es recibido con esta copla cuando juega los clásicos regionales con equipos de la vecina provincia de Salta.

7 La hinchada de Cuyaya representa a un barrio tradicional de la clase media urbana, aunque está constituida en buen número por habitantes de un sector popular periférico que, a su vez, son marginados por los habitantes tradicionales del barrio. La hinchada de Lavalle, en cambio, representa al Barrio Mariano Moreno, que está separado de Cuyaya sólo por una avenida (sitio frecuente de batallas campales que normalmente terminan sólo con intervención policial) y está habitado por migrantes e hijos de migrantes de la vecina Bolivia y del interior de la provincia (la mayoría de origen rural). La referencia a la colectividad paraguaya es simplemente una exigencia retórica, ya que si bien casi no tienen peso demográfico en la zona, constituyen otra minoría étnica y nacional estigmatizada.

8 Es a través del lenguaje que nuestra identidad o nuestros procesos de identificación son dotados de un nombre y ocupan un lugar en el mundo de los bienes simbólicos y políticos. La relación particular de manipulación política y cultural que se hizo con el lenguaje durante la última dictadura militar ha sido analizada a fondo por la lingüista norteamericana Marguerite Feitlowitz. En el campo del análisis cultural de los imaginarios colectivos argentinos resultan enriquecedoras las reflexiones y perspectivas que propone Eduardo Archetti en su obra más reciente (1999).

9 La hinchada de Atlético Cuyaya dirigiéndose contra la de Atlético General Lavalle, su tradicional rival barrial.

10 La hinchada de Talleres (P) dirigiéndose a la del C. A. Gorriti, con quien lo vincula una enemistad histórica, hoy muy devaluada debido al cambio sufrido por ésta, que pasó de ser “los diablos rojos”, representantes de un sector marginal, prostibulario y violento de la ciudad en la década de los ‘50, a representar los intereses y pasiones de un sector de comerciantes de la clase media nativa, quienes desplazaron territorialmente a aquellos, dirigidos por el presidente del Movimiento Familiar Cristiano local.

11 Esto fue lo ocurrido en el segundo partido del torneo anual 1999 entre Atlético Cuyaya y Atlético Talleres, siendo la hinchada del primero la que demandaba la participación de los segundos, que en su mayoría habían visto impedida su entrada al estadio por parte de la policía.

12 Esta dinámica sigue la lógica profunda advertida por Elías Canetti: “Para la masa la más segura, y tal vez única, posibilidad de conservarse consiste en la existencia de una segunda masa a la cual referirse” (1973: 75).

13 La capital de la Provincia de Jujuy, al noroeste de Argentina y en el límite con Bolivia, es San Salvador, una pequeña ciudad de entre 200 mil y 250 mil habitantes. La recesión alcanzó aquí uno de los más altos picos del país. Jujuy ocupa el segundo lugar entre las provincias con mayor desempleo. Los balances de presupuesto anual oficial habitualmente arrojan saldos negativos, y su territorio es utilizado de manera creciente tanto para la introducción clandestina y organizada de mano de obra indocumentada como para el tráfico de alcaloides desde las zonas productoras bolivianas hacia los centros de consumo y distribución del sur, fundamentalmente Buenos Aires.

14 Para comenzar a comprender el alcance de la crisis en la provincia de Jujuy es necesario tomar en cuenta que, en el aspecto productivo, las principales especialidades productivas de la provincia (caña azucarera-tabaco/minería) sufren una recesión histórica, ya que tanto el centro siderúrgico Altos Hornos Zapla como las principales compañías mineras han prácticamente cesado su actividad debido a que sufren los bajísimos precios internacionales de los principales recursos explotables, lo cual es agravado en algunos casos

por una política de vaciamiento más o menos velada. A su vez, la producción agrícola, encabezada por la caña de azúcar y el tabaco, no puede competir en precio y volumen con otras del MERCOSUR, por lo que los productores medianos y pequeños de la Cooperativa del Tabaco, que constituye la segunda producción de la provincia, ven agravada su precaria situación con la baja de los precios y la ejecución progresiva de deudas crediticias que afectan sus productos y sus tierras. A la vez, la provincia registra algunos de los más altos índices de mortalidad infantil y la menor cantidad de días de clase por alumno en todo el país. Este deterioro generalizado fue acompañado con una estructura política en permanente estado de crisis, que conoció a ocho gobernadores en los últimos diez años, de los cuales ninguno terminó su mandato constitucional, removidos por agudos conflictos sociales.

15 Este fenómeno tiene, sin embargo, dos caras. A la individuación extrema, ocurrida sobre todo en los sectores dominantes de la sociedad y en las capas medias en ascenso, corresponde un movimiento que es su antagonista en los sectores asalariados y marginados. La estandarización y uniformización de éstos no es otra cosa que la manifestación en el plano del consumo y la cultura de la tendencia a la descalificación de la mano de obra, lo cual se refleja en fenómenos como la rotulización que sufren vastos sectores de la sociedad, por ejemplo la criminalización de la juventud y los desocupados.

16 En términos concretos (y para comenzar a especificar el contexto local) esto se refleja en hechos tales como que en la provincia de Jujuy el 9,1% de la población tiene sus necesidades básicas “insatisfechas”, eufemismo que significa que sobreviven con 1 peso diario; cuando la canasta familiar promedio ronda entre los 350 y 400 pesos mensuales.

17 No se desprende de tal afirmación que no exista o no sea relevante la actividad de las organizaciones sociales y políticas en la provincia. De hecho, el Frente de Gremios Estatales ha cumplido un papel principalísimo en la caída de la mitad de los gobernadores en los últimos diez años, y su figura central, el dirigente municipal Carlos “Perro” Santillán, se transformó en el emblema del sindicalismo clasista nacional. Sin embargo, la enorme mayoría de las luchas sociales están desarticuladas entre sí, reflejando la diversidad y particularización de los intereses en conflicto, y no han logrado revertir el proceso general de deterioro social y de ajuste gubernamental, limitándose a una actividad casi exclusivamente defensiva y gremial, aún cuando sea desarrollada, en casos como el referido, desde una perspectiva clasista.

18 Tal como lo plantean Margulis y Urresti, “ante la disolución de las masas, los sujetos se recuestran en las tribus, que son organizaciones fugaces, inmediatas, calientes, donde prima la proximidad y el contacto, la necesidad de juntarse, sin tarea ni objetivo, por el sólo hecho de estar; en ellos predomina ese imperativo del ‘estar juntos sin más’ (...) que tiende a establecer los mi-

croclimas grupales y no las grandes tareas sociales” (Margulis y Urresti, 1998: 20). Un subproducto de esto parece ser el aumento en los últimos años de situaciones de violencia social en el ámbito urbano de las principales ciudades de la provincia que involucran a “patotas” (*gangs*) y a grupos de jóvenes relativamente pequeños, agresivos y cerrados que se disputan el control de un territorio barrial.

19 Al menos al principio del torneo, ya que durante la primera ronda del torneo Argentino B, clasificatorio por fases eliminatorias al Nacional B (Segunda División), el grado de violencia entre hinchadas y el precio de las entradas redujeron drásticamente la concurrencia.

20 En referencia a este punto remitimos al trabajo de Alabarces et al. *Agua - te y represión: fútbol, violencia y política en la Argentina* (2000).

21 Legendario “bombista” peronista vinculado con el *establishment* sindical.

22 Vinculados con la UCR local y señalados popularmente como capos mafiosos.

23 El canto nace cuando en un operativo realizado en el estadio de la liga jujeña de fútbol (La Tablada) la policía secuestra una de las banderas de la hinchada de Talleres. Pocos domingos después, el mismo “trapo” es exhibido como uno de los trofeos de guerra conseguidos por la hinchada de Lavalle.